



Dib. BILBAO.—Madrid.

A TRES MIL METROS SOBRE EL NIVEL DEL MANZANARES

El.—Chica, ya ves: después de seis años de relaciones acabo de terminar con tu prima.
Ella.—¿Te parece bonito y a estas alturas?

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6.20 pesetas
Semestre (26 —).....	12.40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva; MANZANERA, Independencia, 856	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Ángel, 5.—MADRID

APARTADO 12.142

LA PAQUITA

NUEVA FÁBRICA DE PAPEL CONTINUO

DE

BALBINO CERRADA

41, ANTONIO LOPEZ, 41

TELÉFONO 23-33 M.

(A CINCO MINUTOS DEL PUENTE DE TOLEDO)

==== MADRID ====

SE FABRICA TODA CLASE DE PAPELES DE EDICIÓN, SATINADOS FINOS,
DIBUJOS, ESCRIBIR, ETC.

ALMACÉN: Plaza del Matute, 6. Teléfono 50-05 M



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR

por DIEGO MARSILLA

11.—Un cantar trasnochado.

Refresco
La aceituna

12.—Charada.

—Que *segunda dos tercia* tiene ese pobre señor; además se hace un *prima tercia*.

—Pues mira; es profesor de un *todo*.

13.—En el gabán.

LOS N A

14.—Charada.

—¿Has *prima dos tercia* algo?
—Prima; de *cuarta segunda* de *prima segunda* es la perra, pero no es *todo*.



SOMBROS
BRAVE
6 · MONTERA · 6

15.—Actor.

TOSCA
UN

16.—Heroica.

Z Físico Z
Francés Z
A

17.—Charada.

—*Segunda tercia prima cuarta prima segunda tercera cuarta tercia cuarta cuarta tercia prima cuarta* algunas veces sospecharía cuanto la engaño.

—Es verdad, ¡Pobre *todo*!

Palabras cruzadas.

P	A	S	T	I	Z	A	R	A
U	V	A	N	A	N	A	Y	
N	A	L	E	R	O	M	A	
E	L	S	F	A	T	A	L	
T	O	E	S	A	A	Y		
A	R	A	B	A	I	A	S	
Z	A	L	L	E	S	N	A	
O	R		E	L	A	L		

Solución del pasatiempo del núm. anterior.



Cre-
ma

Polar

Boca sana :- Dientes blancos.
Aliento perfumado.

CORTES, HERMANOS.—BARCELONA

Cupón núm. 4
que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de febrero.

PARIS y BERLIN
Gran premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para que desaparezcan las canas. Sirve para el cabello, barba o bigote. Da matices perfectamente naturales e inalterables. Pídanla negro, castaño oscuro, castaño natural, castaño claro, rubio. Es la mejor, más práctica y más económica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables, sin necesidad de emplear polvos*. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos*, etc.), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea la calvicie.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre *para rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran



poder reconocido para hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas*, etc. Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y, en general, todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*.

La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS

A base de nogal. Bastan unas gotas durante seis días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin reñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal.—DEPOSITARIOS: en Buenos Aires, D. Luis Badía, calle Bernardo Irigoyen, 263. En Habana, D. Enrique Tayá, calle Dragones, 92. Teléfono A-3186. En Panamá, D. Pedro Pujolás, farmacia Española. En Méjico, D. Jesús Rodríguez, Academia, 35.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

INDRA PERLA

Las más acreditadas en todo el mundo.

La mejor calidad y más barata.

Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

ALHAJAS

SE COMPRAN PARA CASA EXTRANJERA

Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

HAY ASCENSOR

TAPAS Para la encuadernación de "BUEN HUMOR"

Se venden en nuestra Administración,
Plaza del Angel, núm. 5.

LOS

FAMOSOS

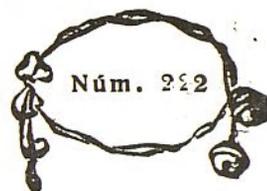
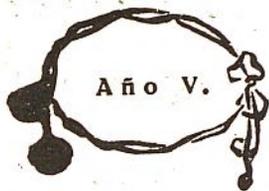
POLVOS INSECTICIDAS

DB

LEYER Y COMPAÑIA

SON

Infalibles para la destrucción de
toda clase de insectos.



RAMONISMO

RAREZAS Y CURIOSIDADES

Dientes de diamante



En Norte América ya son corrientes los dientes de diamante, los verdaderos dientes para toda la eternidad.

Se dice que ha habido casos en que han seguido masticando en la fosa y se han dado casos de autoantropofagia.

El alma del mamut

Según el sabio danés Krosppoff, las grandes bestias antediluvianas han podido desaparecer, pero no sus almas, sus enormes almas que andan por ahí alargando el cuello inmenso y siendo soplos intensos de viento, coleos de vendaval en las plazoletas de los caminos o de las ciudades.

El alma del mamut primitivo ha atrasado a muchos pastores con sus majadas, cuando les ha cogido en su camino.

El hombre que perdía peso

En Nueva Zelanda se ha dado recientemente un caso de un caballero que al sentir que su peso disminuía demasiado extrañamente, nombró un detective para que vigilase el caso y pesquisase quién le robaba el peso.

Un médico, sin preocuparse de más, le hubiera mandado unas píldoras, haciéndole perder más peso al perder esas pesetas en la botica.

El detective siguió toda la vida y costumbres del caballero que perdía peso por días, y por fin dió con que la cocinera era una adoradora de los macarrones al jugo y le cocía la carne hasta dejarla sin sustancia para preparar sus macarroncitos.

La criada ha sido detenida

por «macarronera» y el caballero ha comenzado a recuperar los kilos perdidos.

Jardín contra los vientos

Un calcutense ha descubierto una manera de descubrir los jardines contra los vientos.

Basta rodearlos de copiosos gigantes, unos espinos llamados alfilerados por como son de agudas y suiles sus espinas.

El viento, hiriéndose en esos espinos especiales, tuerce en adelante su camino y respeta a los jardines que tanto sufren con su rudeza.

Visperas de Santa Bárbara

Como se sabe, las visperas de Santa Bárbara los alumnos de las Academias de Artillería se divierten con toda libertad y rompen cristales, faroles, bancos públicos, grifos y demás ingredientes de una ciudad. Todo lo pagan las Academias al día siguiente consolando a los damnificados.

En Alemania este año los alumnos de la Academia de Artillería de Elford rompieron la luna que alumbraba a la ciudad aquella noche y costó a la Academia la bromita, ateniéndose a la factura que les puso Einstein, la friolera de 5.000.000.000 de marcos oro.

Queso para veinte personas

No tiene nada de extraño que haya un queso para veinte personas; pues se han visto quesos que han servido para más de mil. Pero lo que sí es extraño es que un queso para veinte personas valga dos reales.

Las autoridades de Sevilla, dudando de esos quesos anunciados para veinte personas en dos reales, han perseguido a su fabricante, pues en las cajas en que era expendido, sólo habría una rodaja y bajo ella un papelito impreso en que ponía «a las otras diez y nueve se la doy con queso».

Los días de eclipse

Según las estadísticas, los días de eclipse se pierden más bastones, bolsillos de señora y llaveros que nunca. También es extraño que los días de eclipse en los estados del Misisipi abundan más que nunca las borracheras de los negros disminuyendo las de los blancos.

Los días de eclipse son también días de gran natalidad; si el eclipse es de luna, más niñas que niños, y si es de sol, más niños que niñas.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA



Dib. SILENO.—Madrid.

CONSECUENCIAS DEL RAID

1

Su benéfico influjo es evidente.
¡Dios se lo pague a Franco y Compañía!
El niño de Rodríguez no sabía
nada absolutamente
de lo más esencial y más corriente
de la Geografía.

Antes del *raid*, cuando leyó, en su día,
que en el tren de Madrid fueron a *Palos*,
creyó que iban así porque eran malos,
y no que un *Palos de Moguer* había.

Las Palmas, él pensaba
que eran sólo (¡qué cándidos errores!)
eso que a los artistas, oradores
y mozos de café se les tocaba
con las extremidades superiores.

Para el niño ignorante, hasta el presente
Cabo Verde era un cabo
con ataques biliosos y hombre bravo,
mas no un punto insular precisamente.

Por *Canarias* tomo las amarillas
hembras de los canarios.

Y lo mismo que varios
chiquillos de su edad (que en las *Vistillas*
suelen jugar al toro),
se creía el rapaz que *Pernambuco*

era un pueblo muy cuco
que se hallaba entre *Pinto* y *Valdemoro*.

Suponía que el *Río de Janeiro*
era (al revés de lo que creen *Besteiro*
y *Ferreiro* y *Caldeiro*
y hasta *Guerra Junqueiro*),
en aquellos lugares,
una especie de río *Manzanares*;
que era el suegro de *Brígida Santoña*
Fernando de Noroña,
y, además, que el *Brasil*
estaba entre *Betanzos* y *Motril*.

Confundía también *Montevideo*
con *Mondoñedo*, y hasta la *Argentina*
no era para el muchacho, según creo,
más que una renombrada bailarina.

Pero después del *raid* ya es otra cosa:
el niño a quien aluden mis renglones
oyó leer a su hermanita *Rosa*
(tartamuda, por cierto) la copiosa

serie de informaciones
del *raid*, y sabe hoy día
cómo y en dónde están las poblaciones
de aquellas lejanísimas regiones,
sin confundir *Recife* con *Gandía*
ni con *Torrelodones*...

¡Dios se lo pague a Franco y Compañía!

JUAN PEREZ ZÚÑIGA



Dib. GALINDO.—Madrid.

--Sí, *Finita*, he venido a Madrid a descansar unos días.



Dib. MARÍN.—Madrid.

—¿Qué te ha parecido Lohengrín?
—Pues un tío marchoso que en cuanto le preguntan quién es, ahueca el ala dejando a la gachí un chico, una espada y un cuerno.

EL AMIGO FEBRERO

Aunque la Candelaria ploró a su debido tiempo más de lo debido, sospechábamos que el invierno no está «fora» en Madrid hasta junio, y que el amigo febrero, tarde o temprano, «la pringaba». Eso es «canoso».

Febrero, plore o no plore la Candelaria, es un mes triste, cejijunto, sólo comparable a octubre, pero más frío que éste lo que se dice un rato largo. No hay sino fijarse un poco en los nubarrones que cruzan el espacio, al cual, dicho sea de pasada, se le pone peor talante que a un político cesante (y ustedes perdonen el consonante).

El vecindario matritense conoce ya a febrero de antiguo. Por eso es durante el mes éste cuando echa mano de las reservas que en el ropero guarda. Ya sabemos ¿cómo no? que el frío en la villa y corte no es ninguna novedad. Pero hasta que el amigo febrero abre las puertas del toril del Guadarrama y

dá suelta a ese morlaco que es el ventarrón serraniero, no se siembra el verdadero pánico entre los transeuntes, los cuales se lanzan a la calle como si fuesen a una expedición polar. En febrero es cuando se apela a ese supremo recurso de subirse el cuello del gabán... y de agarrarse a la aspirina como a una «tableta».

Y no crean ustedes que es sólo en la calle donde nos azota el frío. Es también dentro de casa, donde se cuele por las rendijas como un duende, y nos desaloja tenazmente del comedor, del despacho, de la sala, de todas partes, en fin. Únicamente cuando nos zampamos en la cama logramos burlar al ogro del viento, el cual se queda fuera gruñendo iracundo, refunfuñando durante toda la noche, como si dijese:

«Tarde o temprano, ya te levantarás mañana, amiguete, y me las pagarás todas juntas».

En vista de lo cual, mientras nos acurrucamos, con más miedo que Fernando IV el «Emplazado», ante las eólicas represalias, meditamos el plan de no salir de casa como no nos echen un hurón, igual que a los conejos.

El amigo febrero no sólo es un humorista, como todo el mundo sabe, sino un transformista original. Al cabo del día cambia de indumento multitud de veces. De pronto le vemos con su traje de buen tiempo, y al poco rato se envuelve en un nuboso disfraz, o le contemplamos huir entre la lluvia, guarecido bajo la cogulla de su húmedo impermeable.

Enredador como un duende, como un diabólico geniecillo burlón, él ha conseguido, merced al gélido viento con que nos obsequia (y que es la única «broma» del Carnaval en Madrid) ha conseguido, decimos, desfallecer de risa ante esa regocijante cosa que es una máscara con gabán.

Febrero es el mes de los bailes. Pero no es el ruido burlón de sus cascabelles lo que invita a la danza, no. Lo que nos mueve a movernos es el frío insólito, las revueltas ventolinillas que llenan los bailes de concurrentes, involuntarios en su mayoría.

Yo mismo, sin ir más lejos, me he visto en uno de estos bailes, cuando menos lo esperaba. ¿Por Terpsícore, la musa del baile, preguntaréis? No. Por Eolo, el dios del viento —replicó. Ello fué así. Salí con ánimo de dar una vuelta (por la Gran Vía, entendámonos) y acabé dando muchas en la Zarzuela.

Sorprendido un amigo, conocedor de mis costumbres, me preguntó:

—Tú estás aquí por alguna de éstas.

—Por éstas...

—¡Ah! ¿Por las holan lestitas?...

—No. Digo que por éstas... te juro que es otra la causa. No estoy aquí por una. Estoy por uno.

—¿Que está aquí dentro?

—No, que está ahí fuera.

—Algún sablista, algún fresco?...

—¿Cómo alguno?... Una barbaridad de él. Uno que corta, que pela...

—¡Caray! Me intrigas. ¿Es el barbero?...

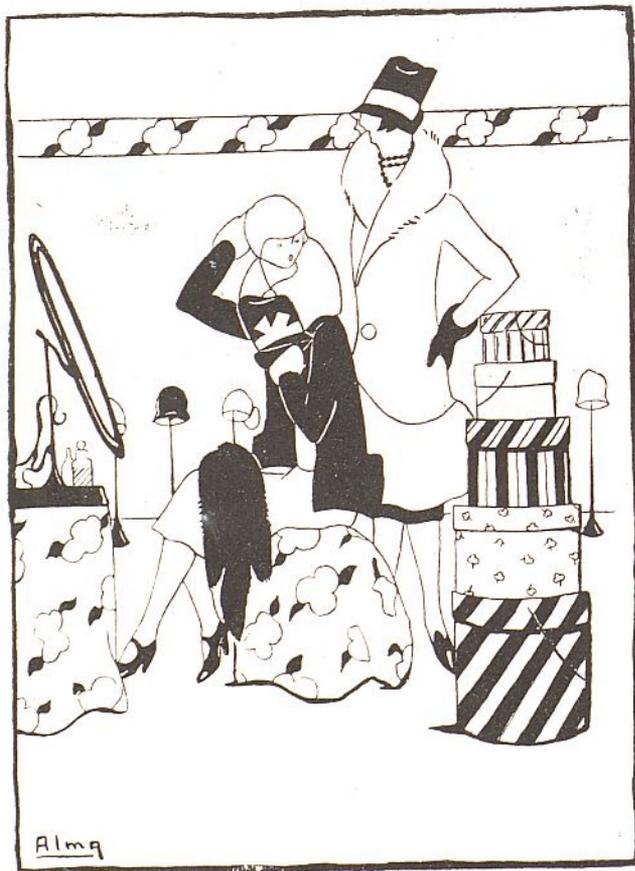
—No; el cierzo.

¿Y quién dice que por lo que yo no van muchos al baile?

—Febrero... tú has suplantado a enero. Eres un impostor. Pero todo te lo perdono porque inauguras las corridas de toros, a las que soy tan aficionado como al baile.

Ahora, que, al inaugurarlas y dar suelta en primer término al morlaco del Guadarrama, no te olvides, amigo febrero, de echarnos «un capote»...

MIGUEL DE CASTRO.



Dib. ALMITA TAPIA.—Madrid.

SOMBREROS «CLOCHE»

—¿Y dices que este año no se llevan campanas?

—No; ahora vamos a llevar las torres.

NUESTRAS ARTISTAS DIBUJAN Y ESCRIBEN

HORTENSIA GELABERT

La hermosísima primera actriz del teatro Lara (hoy Apolo) y, probablemente, la mujer más interesante que pisa nuestros escenarios, nos envía unos estupendos versos y un maravilloso paisaje en los que se descubren los dones excelentísimos de su alto ingenio.

(La vista del bohío está tomada del natural).



Esto que aquí ves, lector,
aunque parezca *jonjana*
es una casa cubana
¡bajo palabra de honor!
Hay un árbol secular...
unas gallinas volantes...
hay un lindo platanar
con sus plátanos colgantes...
Hay un chico de primera
con sombrero de gran ala,
así, como un pollo *jala*
que va para pollo *pera*.
Hay un cubito de hierro,
cuatro palmeras... sin tierra
y una perrera y un perro
que bien pudiera ser perra...

Niño o niña, el que esto viera,
si te place este bohío
cógelo todo, hijo mío,
todo... menos la perrera.

HORTENSIA GELABERT.





VIDA DE UN JUGAOR "DESVENTURAO"

o

UN INOCENTE MUERE "AGARROTAO"

MONÓLOGO

A ti, San Hilarión, mártir bendito, milagroso patrón de nuestra aldea, a vosotros, San Caño y Santa Andrea, a San Zenón, San Jorge y San Benito, a ti, virgen *santísima* del Buen Parto y a vosotros, San Lucio y San Elías, no *sus* quiero pedir, como otros días, que iluminéis mi entendimiento, que harto *alumbrao* venzo ya *dende* el ventorro de Mamerto, el sobrino de Pacorro. (Náa, que me he *tropezao* con el Santiago y que me ha *convidao* a echar un trago, y que se ha *enrevesao* después la cosa... y que traigo una *tranca* pavorosa.)

Pues, como digo; a ti, patrón bendito, sólo ayuda te pido *pa* poder relatar un sucedido *titulao* «El maldito sino del Jugador *desventurao* o un inocente muere *agarrotao*».

Mirar en este cuadro el vil tapete que hace *vítima* al hombre que a su engaño acude y pone un duro a cualquier paño.

Aquí, en un periquete, el tahir, que es un *raspa*, hace que pierda el pobre hasta la caspa. ¡Ah, tapete maldito!

¡Tapete infame, donde el hombre pierde! si hablamos del tapete de un garito, no os chocará que le pongamos verde.

Mirar *pa* aquí. Después de haber perdido, recuerda que su hijito no ha comido *dende* por la mañana más que un brioche, dos kilos de jamón y una sandía.

Ve al avaro, y como hace mala noche, le pide *pa* la cena y *pa* el *trenvía*.

Y aquel hombre malvado, con entrañas de hiena, le niega los tres duros *pa* la cena y los diez *pa* el *trenvía*. El desdichado pasa porque la cena se le niegue,

mas lo que no *tié* pase, lo que es un atropello, es esto del *trenvía*. Que se ciegue no es extraño. Que de un tiro le abraze; que le masque la nuez, le corte el cuello, le abra el vientre y le cruce allí un palito, no es chocante, señor. ¡Piensa en su hijito que no ha *cenao* y sin querer se excita! Pero es un hombre *honrao*; y si el *reto* le quita, y las gafas, y un sello, y los tirantes y un mechero, un palillo y dos paquetes de puros, coge en cambio la cartera y con *cuidao* le saca los billetes dejando los papeles importantes.

Ver la estampa tercera.

Cuando el cuchillo limpia en el pañuelo, sin que *naide* los llame, los guardias llegan y al decirle: —¡Infame, trae aquí ese cuchillo!

un revólver que lleva en el bolsillo se le dispara y cae un guardia al suelo.

Y ahí véis al hombre *honrao* igual que un *creminal* o un asesino, maldiciendo su sino

que le hace verse preso y *amarrao* por esos carceleros sin entraña que no ven que miraba por su hijito que cumple, el angelito, *pa* diciembre, seis años... en Ocaña.

Mirar en este *lao*.

¡Sin *rempujar*! Mirar con qué aparato se levanta el fiscal, mira *pa* el reo

y porque es madrileño *u séase gato* dice: —Señores, creo

que deben de echar al *procesao* siete penas de muerte en el garrote.

Se azara el *abogao*, que es algo zote

y el *jurao*, que no entiende una patata, le perdona tres penas. —¡Sí que es pata! dice el reo, y bajando la cabeza se dispone a morir con entereza.

Y *ver* aquí, en la última viñeta,

cómo le hacen al reo la toaleta y él les dice: —Dejarse de sandeces que *tenís* que matarme cuatro veces.

Así murió esta *vítima* inocente del juego, *pa* escarmiento de la gente y enseñanza del hombre y del chiquillo.

Toa esta historia de crímenes y de odios que está *formá* de muchos episodios y que eriza los pelos a un cepillo, va en la parte primera.

La doy por una *gorda*. ¿Hay quien la quiera?

GARRIDO



Dib. ANTEQUERA AZPIRI.—San Sebastián.

—Pide lo que quieras, Charito.

—Que nos acompañe a cenar mi primo Alfredo, que está ahí en el cuarto de al lado con unas amigas,

Ayuntamiento de Madrid

UN JEROGLÍFICO

(PROBLEMA EN CUATRO ESCENAS)

ESCENA PRIMERA

JACINTA, escribiendo en su cuarto.

JACINTA. «Mi marido ayer tarde fué de caza y no vuelve hasta dentro de tres días. Esta noche te espero. No me faltes. Te adora tu Jacinta.»

ESCENA SEGUNDA

ROSA, criada y JUAN, guarda, hablando en el jardín.

JUAN. De esta noche no pasa. El señorito dejó a tu señorita para largarse al campo, y es preciso vernos y que lo nuestro se decida. ¿Quieres ser la guardesa de este guarda feliz? ¡Pues no hay tu fía! Me esperas esta noche y hablaremos sin testigos de vista. Que estas cosas tan serias que tocan al sosiego de la vida deben tratarse cuando nadie estorba.

No faltes a la cita. No me esperes con luz, que no me pierdo y me pudiera ver algún espía. Tú vas a ser la reina del cortijo, la guardesa más linda, ¡y todas las mujeres del contorno van a rabiar de envidia! Hasta luego. Procura tú que nada sepa la señorita, que es muy seria y no quiero que se entere de estas cosas tan íntimas. Adiós, Rosa. No dejes de esperarme. ¡Juan, no sé! ¡Tengo miedo!

ROSA. ¡No seas niña!

ESCENA TERCERA

JACINTA, observando el jardín desde la ventana de su habitación, en la que hay una bombilla encendida.

JACINTA. ¡Las diez y no ha venido! ¡Su tardanza ya me tiene intranquila! ¿Si no se atreverá? No es tan cobarde. Me quiere de verdad. Siempre a mis citas acude puntual. Siempre amoroso mis pesares alivia. Sabe que mi marido es un tirano; sabe que, sin piedad, me martiriza; y su pasión inmensa es el bien que disfruto en esta vida. El me presta valor para la lucha. Su amor es mi consuelo y mi alegría, Su cariño es mi gloria, mi esperanza, mi ilusión y mi dicha. ¡Siento ruido de pasos que se acercan! ¡Apago la bombilla! ¡Es él! ¡Cuánto ha tardado! ¡Con qué violencia el pecho me palpita!...

ESCENA CUARTA

JACINTA y ROSA, la primera leyendo una carta que le acaba de entregar la segunda. Luce el sol y hace calor.

JACINTA. «Amor mío, querube de mis sueños, adorada Jacinta: me fué imposible ayer el ir a verte. Ya sabrás el motivo. Adiós, monina. Tu Enrique.» ¡No era él! ¡Cielos! Entonces... ¡A buena hora recibo la noticia!...

ROSA (aparte y muy enojada). ¡El faltón! ¡Y me dice que me quiere! ¿Qué va a querer? ¡Mentira! ¿Se habrá visto cobardé? ¡Pues me luzco si le estoy esperando todavía!



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.

—Tienes la suerte de vivir en la parte más tranquila de la población.

—Ya no.

—¿Es que te has mudado?

—No. ¡Es que mi mujer ha tenido tres gemelos!

UN CHISMOSO

DICCIONARIO DE "BUEN HUMOR"

Reanudamos hoy, con más ímpetu si cabe que el otro día, la noble y depuradora tarea que nos hemos impuesto sin que nadie nos lo mande y con el único y exclusivo fin de molestar a la Academia. Claro es que la molestia de la Academia no puede traducirse en una bronca vulgar, no tengan ustedes cuidado; para eso haría falta que hubiera más que palabras, y como en un diccionario no hay más que palabras (¡y gracias que las haya y que se entiendan todas!), pues dicho queda que la discusión sangrienta y enconada no puede sobrevenir nunca. Lo que pasa es que la repetida y anciana Academia no les da a las palabras la limpieza, fijeza y esplendorosidad a que está obligada y que, con el fin de evitar esos descuidos, estamos aquí nosotros para arreglar el desastre lo mejor posible. No queremos que el castellano acabe siendo una mala lengua, y sólo por eso trabajamos, aun cobrando nuestro trabajo mucho más módicamente que cobran el suyo los compañeros académicos, que por una palabra nada más (*amarar*, para que no se olvide) nos han puesto un precio como para contestar con otra palabra fea.

Y eso que encontrar una palabra más fea que esa, resulta de una imposibilidad categórica y fulminante.

F

FAVOR.—Abrazo estrechísimo recibido en Calatayud y otorgado generosamente por doña Dolores García y Fernández en un momento de éxtasis estrepitoso.

FINO.—Lo que no es basto. Esto no quiere decir que el as de copas sea fino, aunque debemos reconocer que tampoco es basto, y con esto basta.

FRÁGIL.—Consuelo Portela.

FRACMASÓN.—Palabra mal escrita que hemos visto en varios diccionarios americanos y que presumimos que se referirá a los masones que gastan frac.

G

GAPO.—Hombre, generalmente feísimo, que le da dos bofetadas a Con-

fucio o a Mahoma por un quítame allá esas modestas pajas.

GALANTE.—Todo caballero que sea capaz de elogiar la elocuencia de La Cierva.

GOTA.—Enfermedad grave y molesta, aunque no tan funesta como el alcoholismo agudo, cosa que se explica en cuanto se piense que no es igual tener una ligera gota que tener una bestialidad de botellas en el cuerpo.

GRITO.—¡¡¡Ay!!!

GUARDIA.—El único personaje que, si oye el grito anterior, no demuestra ningún interés en averiguar a qué obedece, y se queda tan fresco en el sitio en que se hallaba.

H

HELÉNICO.—Un tío nacido en Grecia.

HEBREO.—Un tío judío.

HONORATO.—Un tío de un amigo nuestro, suscriptor del BUEN HUMOR.

HETAIRA.—Una ífa.

I

INDISCRECIÓN.—Preguntarle a Catalina Bárcena cuántos años tiene.

IMPOSIBLE.—Saberlo por la misma.

INODORO.—Lugar donde se verifica la siguiente y absurda paradoja: que el que siembra vientos no es precisamente el que recoge las tempestades.

INGENIO.—Véanse *Los trucos*, en el teatro Infanta Isabel.

¿Los han visto ustedes ya?

¡Pues todo lo contrario!...

J

JOROBADO.—García Prieto, desde el 13 de septiembre de 1925.

JURAMENTO.—Lo son dos cosas tan antitéticas como las siguientes: *¡me cachis en diez!* dicha en un momento de ofuscación o *¡me caso contigo antes de que quiebre el negocio de los autobuses!*, dicha también en un instante de delirio.

JUSTO.—El hombre bienaventurado que no peca aunque le paguen sesenta duros mensuales. Generalmente suele ganar el cielo. Si el justo resulta, por su desgracia, que es cojo o manco, no puede negar nadie que sea justo, pero el que quiera puede decir muy alto que no es justo y cabal.

JUNTARSE.—Matrimonio checoslovaco.

L

LORITO.—Loro joven que suele contar ciento diez años de existencia. Si en vez de lorito, decimos Loreto, hay que añadir cuarenta años más a los apuntados.

LATÍN.—Lengua completamente muerta, pero que no descansa en paz porque no la dejan a la pobre.

LATÓN.—Un sermón en latín.

LADRÓN.—Un prestidigitador con desgracia.

Loco.—Ciudadano que, por mucho que discuta, no consigue tener razón.

LL

LLAMAR.—¡¡Serenoóó!!

LLUVIA.—Fenómeno atmosférico mucho más posible que el que acuda el sereno a la llamada. Esto sí que sería un verdadero fenómeno, pero por desgracia no lo ha sido todavía ni una sola vez.

LLANTO.—Hecho sencillísimo de pasar el agua por los ojos. Si se trata de un puente, aunque el puente tenga seis ojos y ustedes tengan la desventura de tener dos solamente, el agua que pasa por los ojos no es llanto. Se exceptúa el río Ebro que, según dicen en *Gigantes y Cabezudos*, creció por lo que lloraron las madres de los repatriados de Cuba, por lo cual lo que pasó por los ojos de los puentes de Zaragoza fué agua y fué llanto, amén de alguna barca que otra y de diversos peces que, por cierto, son riquísimos; y hasta no tendría nada de extraño que pasase algún suicida completamente ahogado (en agua y en llanto). En este último caso, es innegable que habría caído el llanto sobre el difunto y no se habrían perdido en vano todas las lágrimas de las amatísimas y susodichas madres.

(Es probable que esto se concluya en el número próximo.)

ERNESTO POLO



LAS MUJERES

¡SOMOS MUY BUENAS AMIGAS!

II

Donde continúa el somero estudio de las mujeres que se propuso hacer el autor y en donde puede enterarse quien lo ignore, del afecto y la amistad que existen entre estas maravillosas criaturas que Dios creó las últimas, porque no podía crear nada mejor (1).

Aníbal Valcárcel se detuvo ante aquel pordiosero, metió la mano en uno de sus bolsillos, sacó al exterior una peseta y se la dió al mendigo.

Para que Aníbal Valcárcel cometiese semejante ligereza era preciso que le ocurriera algo extraordinario. Yo conocí mucho a Aníbal y sé el inestimable y alto concepto que tenía de las pesetas.

Pues bien, sí. A Aníbal le ocurría algo extraordinario; esperaba a una mujer de la que se hallaba enamorado con esa locura febril que solo puede producir una mujer o un violoncello desafinado.

Aníbal permanecía desde las tres de la tarde (eran ya las cinco y media) en la esquina de una calle céntrica, aguardando a su amada y hay que declarar que comenzaba a estar un poco fatigado de la espera. Lo mismo que a Aníbal le hubiera sucedido a Bertrand Dugeselin o a Juan «sin miedo».

¿He dicho que aguardaba a su amada? Pues entonces, he patinado, lector. Aquella mujer que debía entrevistarse con Aníbal no era todavía amada del joven, porque si bien es cierto que Aníbal estaba demente por ella, hasta el extremo de haber asistido en su compañía a dos días de moda del «Real Cinema» —la mayor cursilería en que puede caer un hombre sensato— no es

menos cierto que Fanny se había limitado a encontrar *interesante* a Aníbale. Se hallaban en el período del *flirt*. ¿Ht. dicho *flirt*? No me extraña. Hoy me he levantado más idiota que otros días.

Fanny era... Fanny era muy linda. ¡Voy adquiriendo una rapidez en las descripciones a todas luces elogiabiles! Parecía una mujer arrancada de las páginas de lord Byron. Sin embargo, había nacido en la calle de Claudio Coello. Contrastes de la vida que es un «todo a 65» de incongruencias.

¿He dicho que Fanny parecía arrancada de las páginas de lord Byron? Bueno, ¡qué lo vamos a hacer! Ya no tiene remedio. Pero nunca me lo perdonaré.

A las seis menos diez, que es lo que importa, Fanny llegó a la esquina donde la aguardaba Aníbal.

Lector: Fanny venía imponente de guapa, y se dirigió a Aníbal con una sonrisa encantadora.

—Perdone usted —le dijo— que me haya retrasado dos horas y media, pero es que tenía que echar una carta y me han entretenido mucho para pegar el sello...

Aníbal abrió la boca estupefacto; no estaba habituado a lo absurdo, aspecto del mundo en el que las mujeres son maestras. Pensó para sus adentros:

—Dos horas y media para pegar un sello... ¡Como no fuera un sello de distinción!...

Pero exteriormente se inclinó atentísimo.

—¡Bah! —exclamó— Dos horas y media de retraso no tienen importancia. El mixto de Galicia siempre trae cuatro o cinco. Y a veces, seis.

Y luego añadió, versallesco:

—¿Paseamos?

Fanny aceptó.

—Muy bien —repuso.

Echaron a andar por la calle, que estaba animadísima. Aníbal, después

de meditarlo bastante, encontró un tema de conversación que le pareció muy espiritual y de buen gusto.

—¿Se ha enterado usted de que Amundsen va a intentar un nuevo viaje al Polo?

—Sí —dijo ella por todo comentario. Aníbal se extendió en una divagación sobre el Polo. Estaba muy documentado por haber leído algunas novelas de Julio Verne, y dió detalles curiosos de las regiones polares. Pero Fanny no tenía aspecto de hacerle mucho caso. Por el contrario reservaba su atención para todas las transeuntes que pasaban a su lado y con frecuencia volvía discretamente el rostro para contemplarlas de espaldas.

—Según parece —decía Aníbal— invertirá tres meses en el viaje.

—¡Qué barbaridad!

—¿Cree usted que es mucho tiempo?

—No. Me refería a aquella muchacha que va por allí. ¡Mire usted que llevar medias grises con un traje color fushia!... ¿Quién la habrá engañado a esa criatura?

Aníbal ridiculizó a aquella muchacha y siguió su conversación pristina.

—Amundsen llevará tres aeroplanos y una gasolinera.

—¡Qué birria! —exclamó Fanny.

—Tres aeroplanos serán suficientes, Fanny...

—Es que comentaba el sombrero de aquella señora. ¿Concibe usted que una mujer elegante pueda llevar aún *aigrettes* en el sombrero?

Nuevos ataques de Aníbal a las *aigrettes* citadas, cuando en realidad no sabía lo que eran *aigrettes*.

El caso se repitió diecisiete veces en cuatro minutos. Fanny se escandalizó de la fealdad de cinco muchachas, de lo mal calzadas que iban otras cinco, de la delgadez de tres de ellas, de la gordura de otras dos, de lo patizamba que andaba una y de lo ancha de cade-

(1) Para leer la primera parte del estudio, véase el número pasado de BUEN HUMOR.



ras que era otra. Fuera de ello, a todas las encontró intolerablemente cursis. Después resumió sus observaciones en esta frase:

—Verdaderamente, en Madrid no se ve ni una sola mujer *chic*.

—Ni una sola, Fanny, —repuso Aníbal— si se la exceptúa a usted.

Fanny entornó los ojos en un gesto que quería decir:

—¡Qué hombre tan sincero!
Y en voz alta declaró:

—Y eso que yo, amigo mío, voy por la calle sin fijarme en las que pasan. Porque hay mujeres que no salen de casa más que para criticar... Yo he sido siempre distinta a las demás, y ni me fijo siquiera en mí misma. Me arreglo de cualquiera manera y ya no me preocupo ni de cómo me he puesto el sombrero.

Para robustecer sus palabras, Fanny se detuvo ante una tienda de paraguas y se arregló los rubios cabellos en el

do de París en uno de tus viajes. Se ve la mano de Madame Lanvin. ¡Qué preciosidad! ¡Qué amor da traje! ¡Por supuesto que decir elegancia y bonitura, es decir Luisita Marvell!... ¡No sabes, no sabes las ganas que yo tenía de abrazarte!

Media hora después, agotados los elogios, Fanny se separó de Luisita.

—¡Claro! —Dijo él convencidísimo, no sabía por qué.

—Tiene dinero. Se casó con un viejo impresentable, pero la pobre gasta el dinero como lo podría gastar una portera. En París se compra lo más deplorable que encuentra en «El Louvre» y luego presume de vestirse en la Paix. ¿No es ridículo?



espejo del escaparate. Al reanudar la marcha se miró el arrogante cuerpo de soslayo y en seguida retrocedió para rectificar una arruga de su abrigo.

De pronto exclamó:

—¡Luisita! ¡Luisita!

Y salió al encuentro de una joven bellísima que venía en dirección contraria.

—¡Qué alegría! ¡Tanto tiempo sin vernos! ¿Y tu marido? ¡Estás guapísima! ¡Estás maravillosa!

La besó, la abrazó con un entusiasmo magnífico.

—¡Chiquilla, que traje tan precioso! No me digas nada. Esto te lo has traí-

—Según veo, quiere usted mucho a esa señora —dijo Aníbal al emparejarse de nuevo con Fanny.

—Mucho. ¡Somos muy buenas amigas! Ella es una cursi inaguantable. ¿No se ha fijado usted? Se pinta los labios con barra cuando la barra no la emplean ya más que las modistillas. ¡Y fuma cigarrillos egipcios! ¿No le da a usted risa? ¡Cigarrillos egipcios!

—¡Ja, ja, ja! —rió Aníbal comprendiendo que tenía que reírse lo más fuerte posible.

—Una mujer elegante sabe que el cigarrillo de moda es el «Capstan».

—¡Uf! —gruñó Aníbal, como si se le escapase el gas.

—De vergüenza anda tan falta como de buen gusto ¿sabe usted? Dicen de ella horrores. ¡Horrores! Yo la creo capaz de cualquier cosa... Pero nos queremos mucho. ¡Somos muy buenas amigas!

Aníbal dió un respingo.

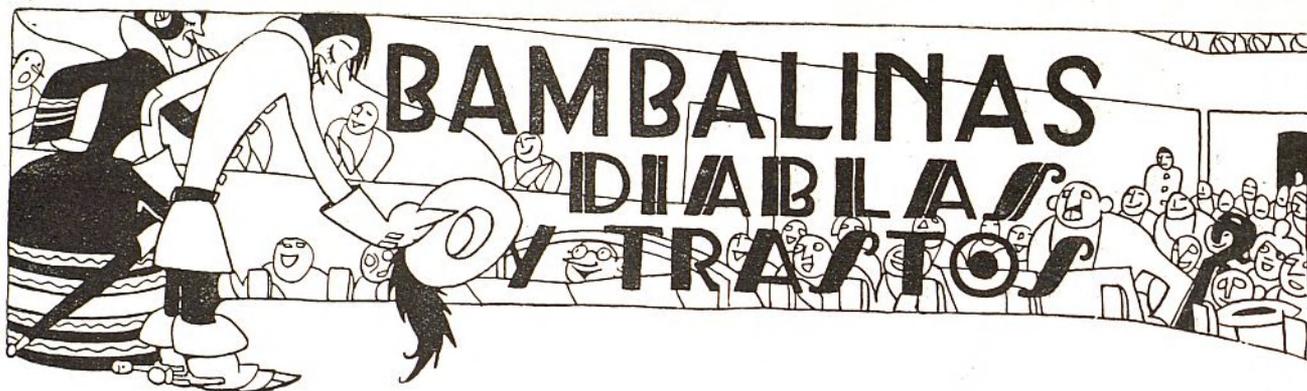
—¿Qué le pasa a usted?

—Nada, que he tropezado.

Siguieron andando calle arriba.

ENRIQUE JARDIEL PONCELA.

(Dibujos de Josefina Peñalver)



En Esclava, «El Deseo», de Luis Fernández Ardavín.

Apreciable cónyuge: Llevo tres semanas sin hablarle de los teatros y de las funcioncitas que he visto por este Madrid de mis pecados; pero es que se interpusieron los Carnavales y además que estuve todo el tiempo reflexionando y madurando una obra que he visto en Esclava.

Ya te puedes ir preparando.

Me ha dado la tal obra una lección de costumbres conyugales, que estoy hecho un catedrático.

Se trata de una comedia dramática: *El Deseo*, de Luis Fernández Ardavín, uno de los autores jóvenes de más valer. En los carteles anunciaban al público que la obra requiere cierta amplitud de criterio moral por parte de los espectadores. Yo creo que debían, más bien, haber anunciado lo contrario y haber dicho: «Esta comedia pudiera titularse la *Escuela de los maridos*. Deben verla todos ellos y, sobre todo, los de estrecho criterio moral, a ver si aprenden, escarmentan y se les ensancha el criterio».

Allí, en efecto, apreciable Robustiana, se nos enseña los efectos excelentes que resultan para el caso de la seguridad conyugal cuando enchulamos a la esposa.

Tú figúrate que se trata de un granuja, de un depravado sin conciencia, ni decoro, ni corazón, ni aun cortesía siquiera, que engaña a la mujer sin recatarse, que la pide y aun la exige sin cesar millares de pesetas para gastárselas en vicios y que incluso la pega si se tercia. Figúrate que además, y por remate, se separa de su esposa y

se lleva al marchar nada menos que a la hermana de su misma mujer. Figúrate que la esposa, desengañada, dolorida, avergonzada de sí misma al verse sometida con tan esclava solicitud, dócil ante las indignidades del miserable esposo—a quien no obedecía por deber, sino por debilidad pasional, por sometimiento de envidiada—, encuentra el amor de un hombre fiel, respetuoso, que la quiere y la protege y la comprende y la venera. Y figúrate, por último, que al cabo de no sé cuántos años de no haber visto a su marido y encontrarse con el nuevo amor como nueva, como libre de un mal sueño de encanallamiento y de vicio, aparece el marido por la puerta, ve sola a la mujer, se dan un beso sin más explicaciones y ¡zás! ¡adiós tranquilidad y amor respetuoso y vida reposada y todo aquello! Nace el deseo y la esposa vuelve con su marido como el hierro va al imán, como el torrente al abismo, como el auto al transeunte.

¿Qué quiere decir esto, Robustiana? Quiere decir, mi negra, que si yo te doy mala vida y te saco las pesetas y me organilleo contigo por lo chulo, procurando quedar, no digamos como un cochero, que es antiguo, sino como un chauffeur, que es lo que priva, y te sacudo la ropa—pero puesta—, llevo un 90 por 100 de probabilidades de usufructuar, para mí solo, la fidelidad conyugal de tu persona, pase lo que pase. Dicho de otro modo más breve y meridiano: que yo podré darme buena vida en cuanto a tí te la dé mala.

Te digo que esa obra es de las que enseñan, y en gordo. No dice nada nuevo; no pretende tampoco decirlo; al contrario, pretende recordar una ver-

dad que no deja de ser harta verdad por fuerte y por amarga que parezca; y es que el deseo lo derriba todo cuando viene empujando de verdad; y por felices que vivamos y seguros que nos hallemos, todo lo echaremos a rodar si el deseo viene de uñas y le da por embestirnos.

Terrible verdad; indiscutible. Pero por lo mismo que es terrible, nos presenta a los maridos un aspecto de la cuestión que tiene su miguita. Y es ésta: «Cuando hombre y mujer se desean, no hay quien los pare ni quien los separe, y como el deseo se provoca dando achares y mamporros a la mujer, seamos nosotros, los maridos, los primeros en iniciar con la mujer el régimen contundente, no sea que se lo aplique otro profesor de energía, voluntario y extra-doméstico, y recoja el justo premio que pudo ser para nosotros».

Si el marido de esta mujer no hubiera enchulado a su señora de antemano ¡hace las diez de últimas! Enchulada y todo con el esposo se va con el amigo, ¡no digamos nada si no llega a estar enchulada! Pero afortunadamente para él y para la integridad del matrimonio, tuvo la precaución de «castigarla» a lo castizo, y eso es lo que le vale, al fin y al cabo, porque, en cuanto vuelve él y dice «aquí estoy yo» vuelve ella al hogar doméstico como un guante,—como un guante que tenga hogar doméstico».

Tú puede que me digas que a todas las personas no les entra el deseo de esa manera furibunda, sino sólo a las personas envidiadas y que no son como Dios manda; que el autor es eso lo que quiere recordar para que no nos

dejemos coger por tentaciones que luego no tienen compostura. Tú me dirás eso, y yo, en cualquier otra ocasión, te hubiera dado la razón probablemente; pero ahora lo he pensado mejor y veo que todo eso puede ser argucia del demonio —el demonio eres tú, Robustiana— para cogerme a mí de primo.

Porque las personas que son como Dios manda no hacen eso, pero ¿cuándo sabemos si las personas son como Dios manda o como las manda el diablo? Ahí está el intrínquilis. ¿Y si a tí te manda el diablo y te da por obedecer? Ante semejante probabilidad, la más elemental prudencia aconseja que sea yo el que te meta los diablos en el cuerpo para que todo quede en casa.

Así que ya lo sabes: a mi vuelta cogeré yo las riendas de la casa y te daré con ellas una felpa como primera providencia. Seré zalamero, zaragatero, meloso, pero a pequeñas dosis y entretanto: confoneo marchoso, superioridad de patrón de gallinero, suficiencia de matón y cada patá en los vacíos que te los voy a llenar de medias suelas. ¡Lo que me vas a querer, Robustiana!

Yo antes, cuando volvía a casa por la noche, un poco después de las once, te llevaba unos bizcochitos o alguna chuchería para contentarte y que no me armaras la gresca. Y ¿qué resultó con esto? Que acabé teniendo que volver a casa a las diez y con bizcochos. Ahora en cambio, volveré con el palasán que me acabo de comprar y con una gorra de visera de las de moda y agarrándote del pelo bailaremos un *vals renversé* por el pasillo ¡que vas a ser tú, todita tú, la que va a convertirse en bizcotela!

Un arrempujón apachesco de este tu chulo conyugal que va a volverte foiegrás para él solito,

Nemesio.

P. D. La Xirgu que está admirable. Ya le he dicho que haga el favor de cederme algunos ratos para que ensayemos

las escenas culminantes a fin de regresar al pueblo dominando el papel.

En La Comedia, «Soleá», de José María Granada y Sotillo.

José María Granada, llamado también *El niño de oro*, se ha buscado, como todos los curas, un acólito que le ayude a decir la misa. ¿Cuál de los

mente sugestivo de este padre Granada de estos tiempos, padre Granada que, después de todo, no es padre —al menos que yo sepa— y que de ser Granada, lo es de artillería, de esas que explotan —que hacen explosión quiero decir,— y llevan dentro un trueno destinado a meter ruido por el mundo.

La obra tiene la arquitectura, la dicción y la manera peculiar de José María Granada; primer acto movido, sainetesco, pleno de dicharachos y de tipos que rebullen y entretienen, y una copla que se inicia; segundo acto, la copla que se canta por lo jordo y los tipos y chascarrillos que continúan pero en segundo plano, como jaleando a la guitarra y a los cantaores que están haciendo filigranas por lo serio; tercer acto, espectacular, gozo de los ojos, vistosidad, alegría, animación; una ceremonia cualquiera —procesión o boda típica, o profesión de monja o festival como ahora—: pretexto para ofrecer el *Item misa est* entre música y estandartes o entre luces de altar o entre banderolas y flámulas.

■ ■ ■

La Srta. Faure muy guapa y la señorita Pérez Indarte más guapa y castiza y apasionada y buena cómica, con un traje morado y mantón negro —Soleá y Dolorosa— tan requetebién de tipo y de trapos que daban ganas de decirle: «La acompañaré a

usted en el sentimiento, si usted me lo permite» y de ofrecerle una Semana de Pasión, prorrogable, al terminar, por otras cuantas semanas.

La Sra. Mayor, todo lo mayor que acostumbra. Los lloros y las risas y el tipo y toda ella digna contrafigura del Sr. Ortas que estuvo también hecho un señor mayor. Asquerino juncal y cumpliendo como quien es. El Sr. Díaz, de abrigo, con una chaquetilla de pieles que ¡vaya calor! Y estependa la pareja de Pedrote y Tobías.

MANUEL ABRIL



Sr. D. Casimiro Ortas en *Soleá*. Ustedes habrán oído hablar de la Vena Ortas y de la Vena cómica; es la misma cosa: ahí la tienen ustedes.

Foto Rúa, expresamente para BUEN HUMOR.

dos se beberá el vino? Yo creo que este cura, Granada; pues, o nosotros no entendemos de la misa la media o Granada ofició en toda la obra hilvanando con soltura los dichos andaluces, repartiendo, con habilidoso donaire, por la comedia toda, los tipos pintorescos, y cambiando de mano el engaño —con faena de lidiador más que de cura— para alternar la «guasa» y el retozo con unas palabritas sentimentales, de poesía zalamera que arrulla y otras de pesares y amor que saben a copla y que es quizá lo más profunda-

DOLENCIAS CÉLEBRES

LA HIDROCEFALITIS DE D. CANUTO

En los veintidós años de servicios, podríase afirmar que don Canuto López era, si no el funcionario figurín, si, al menos, el funcionario cronómetro; sin ser arrogante ni guapo, daba la hora en la oficina, siempre fué el primero en llegar y el último en salir. La Naturaleza es una perfecta psicóloga, lo que le privó de sapiencia se lo aumentó en puntualidad; del cerebro que negó le hablaba compensado con una cabezota, fluctuante entre notable y sobresaliente, que semejava la primera lucubración de los hermanos Montgolfiers.

El que don Canuto fuese funcionario público era más paradójico que comer las doce uvas de la buena suerte con sombrero de paja. Hijo de unos padres tan humildes como porteros, creció en un ambiente precario de escaleras abajo; a los doce años parecía hombre y a los quince padecía hambre; eran siete hermanos más una hermana, que nació a los siete meses de gestación y que por lo desmedrada y raquítica en vez de una mujer parecía media; sus padres viendo aquella desgracia se plantaron; ¿para qué iban a pedir más si ya tenían siete y media?

Un día cogió la madre a Canuto y lo llevó a la presencia de don Amancio Nominilla, jefe, si no superior, regular al menos de un departamento del «Ministerio de la pesca en tierra firme» y en cuya casa—en la de don Amancio—había servido la buena mujer toda su vida, pues desde que se casó *aquello no era vida*.

—Aquí tiene usted a mi chico el mayor; yo quería que usted me lo colocase.

—¿Tiene alguna afición?

—Toca un poco la flauta y algo el cornetín.

—¡Todo eso es música! ¿Sabe leer y escribir?

—Sí, señor.

—Bien, bien; siéntese en este sillón.

Y así, sin más ceremonial ni requisito alguno, quedó colocado, hace veintidós años, el bueno, del hoy, don Canuto López.

Por primera vez, una mañana, llegó don Canuto el último a la oficina: el asombro fué general.

—¡Caramba!, ¿está usted enfermo?

—¿Cómo tan tarde, don Canuto?

—Señores..., me van ustedes a perdonar...

—¡Por Dios..., nosotros!...

—He pasado una noche horrible, he tenido una pesadilla en la que mi cabeza se había convertido en un globo enorme, he pasado una noche infernal...; ¡figúrense ustedes cómo iba a descansar con una pesadilla así!

—¡Con una pesadilla no hay quien descanse!

—Estoy molido, créanme, hasta me parece que de verdad me duele la cabeza.

—Pero... ¿a ver? ¡Claro, hombre de Dios, si se le está hinchando por momentos! ¿Cómo ha venido así a la oficina?

—¿Así... cómo?

—Con esa cabeza; si se le ve crecer, ¿verdad Rodríguez?

—Efectivamente que se ve cómo crece.

—¡No me asusten ustedes!

—Ahora se convencerá; siéntese, que voy por un espejo y su sombrero.

Y Gutiérrez salió, volviendo al poco

tiempo con un espejito de bolsillo y una bimba inconfundible que compróse don Canuto para asistir, desde la vía pública, a la boda de Sus Majestades.

Don Canuto se quedó estupefacto; miróse al espejo y vió con horror que el hongo más parecía un bulto que le hubiese salido en la cabeza, que un objeto destinado a entrarle. Gutiérrez remachó.

—¡Se le está poniendo la cabeza como *pal* casco de un trasatlántico!

—¡Señores... que tienen ustedes razón!

—¿Tendrá usted una jaqueca horrible?

—Cierto, tengo una tenacísima cefalalgia, parece que se me va a deshacer la cabeza.

—Váyase a casa inmediatamente; quizá no sea nada, pero a lo mejor...

—¿A lo peor querrá usted decir?

—Cierto, sí, a lo peor se complica y puede usted perderla.

—¡Caray!

—¿Quiere que le acompañen?

—No faltaba más, muchas gracias; ustedes sabrán perdonar.

—Nada, nada; avise en seguida al médico... Mejorarse.

Con el sombrero en la mano, llegó don Canuto a casa más muerto que vivo; paradójicamente tenía menos cabeza que cuando salió de ella, pero los hechos confirmaban lo contrario; además aquel dolor, aquel persistente dolor que no dudaba era la causa de que no le entrase el sombrero.

—¿Vienes malo?—exclamó su señora.

—Malísimo; ¡ffjate qué cabeza traigo!

—¿Qué tiene?, yo la encuentro natural.

—¡Pero, mujer, natural dices y mira dónde me queda el sombrero?

—Pues es verdad, se te ha hinchado, ¿y cómo ha sido eso?

—No lo sé, me duele horriblemente; a ver, avisa en seguida al médico; yo mientras me acostaré; no veo, ¡qué dolor, Dios mío, qué dolor!

—Toma, Eulalia, cuelga el sombrero de papá.

En el preciso momento de introducirse don Canuto en la cama, Eulalia, toda alborozada, exclamó:

—¡Mira, papá, lo que había en el sombrero!

Y arrolladas entre matemáticas tiras fueron saliendo de entre la badana dos hojas de un diario local.

Instantáneamente, a don Canuto se le deshinchó la cabeza y dejó de dolerle.

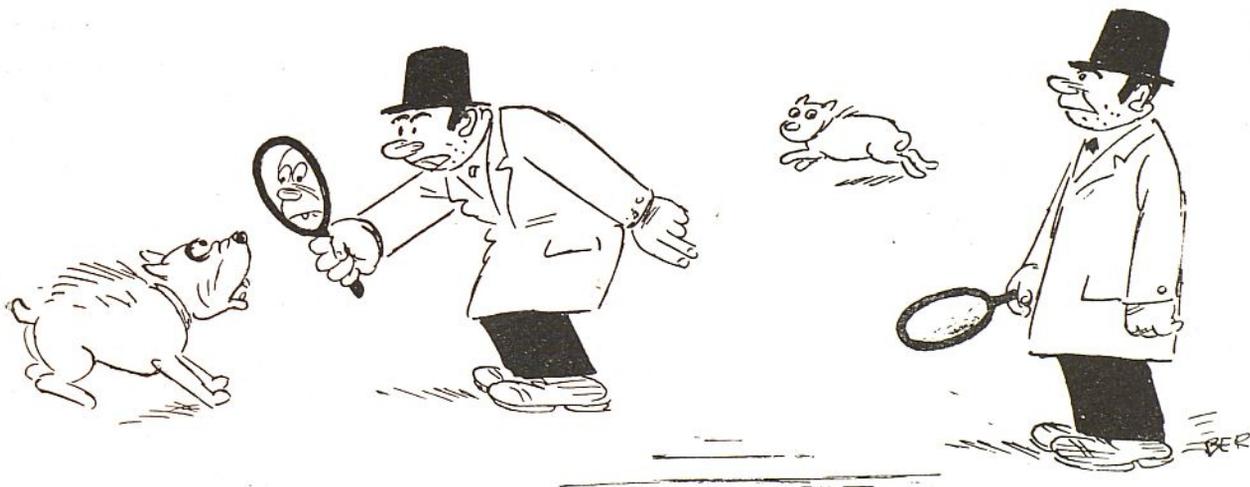
José SEVER



Dib.
RUBIO
Madrid.

EN UNA CASA
DE HUÉSPEDES

—¡Aguá! ¡Aguá!
—¡Dios mío!
¿Hay fuego?
—¡No, señora,
es para lavarme!



Dib. BERGSTRÖM.—París.

EL ESPEJO

EL PLAGIO, ARTE SELECTO

Veamos, lector. Usted entra en un bazar de ropas hechas; pide que le muestren varios gabanes, se los prueba y, aquel que se le antoja mejor, aquel que le parece más bonito y que más elegantemente le sienta, se lo lleva usted puesto.

Es un abrigo modelo «Rooster», creado por «Rooster» y procedente de los magníficos talleres de «Rooster». Empero, usted, al rematar la transacción con el dueño del bazar, dice ya: «Mi» abrigo.

Y el amigo, que le encuentra a usted en la calle, no dice: «¡Qué bonito gabán de «Rooster» posees!», sino «¡Me gusta extraordinariamente «tu» abrigo!»

El creador del gabán pierde toda su personalidad: quien lo posee, quien lo luce, quien lo aprovecha, es reconocido por todos, como su dueño.

Y, si hubiese críticos de gabanes, el más puritano, el más aquilatador, se vería obligado a decir: «Fulano tiene un excelente abrigo, modelo «Roos-

ter». Y añadiría un párrafo elogioso del buen gusto de Fulano por su acertada selección al escoger para su gabán el modelo «Rooster».

Pero usted, lector, en vez de comprarse un gabán, escribe un libro. Reconozco que este supuesto no es lógicamente compatible; sin embargo, admitamos por una vez que el señor que puede comprarse un magnífico gabán, es capaz de escribir un libro y viceversa. Usted, lector, ha escrito un libro: novela, comedia, impresiones de via-

je, etc. Y, apenas se lo pone usted, esto es, apenas lo lanza al mercado, surge la crítica sagaz:

«En el libro de Mengano se advierte la influencia de Wilde.»

«Las impresiones de Mengano son un plagio descarado de los libros maravillosos de Pierre Loti.»

«No comprendemos cómo puede ser admitido el plagio, a la descarada manera de Mengano.»

Y todos son a echarle a usted en cara lo que, lejos de constituir un mérito, constituye una cualidad ponderable y exquisita: la de seleccionador de buen gusto. ¿Acaso no halló usted mejor aquella preciosa descripción de Loti que la que usted mismo hubiese hecho? ¿No le impulsó a ponerla el excelente deseo de que sa-

liese ganando el lector? ¡Sin duda! ¡Y vea usted cómo se lo paga la crítica! ¡Una crítica que debía guardarle gratitud de por vida, puesto que vive precisamente del plagio, como la policía de los ladrones y los galenos de las enfermedades!

Por otra parte, nos costaría un mínimo esfuerzo probar que únicamente el primer hombre que escribió la primera cuartilla, no fué un plagiario. Los demás, lo son todos.

Y el día en que las circunstancias de la vida, haciéndonos «venir a menos», impulsasen nuestra orientación hacia la crítica, utilizaremos el arma terrible que poseemos, para probar que desde el clásico más venerado, al último de los *currinches*, vantan todos en el insondable caldero de la profusa Oden

del Plagio. Porque no habremos de limitarnos a la persecución de la idea, de la trama, del concepto, del giro, de la figura, de la frase, ¡no! Aquilataremos más; mucho más; quintaesenciaremos la crítica ceñuda y perseguiremos el plagio en el vocablo mismo, en la preposición, en el participio y en el verbo.

Y ningún trabajo ha de costarnos probar que en la novela que de mayor originalidad alardee, el adverbio *mientras*, es un plagio deleznable realizado en la rebusca de todos los libros; y otro plagio el empleo del verbo *amar*, y otro el del artículo *la*, y así hasta matar, hasta confundir eternamente la Literatura.

¡Eso es hundir el escabello hasta el mango!, clamarán los críticos, aterrados ante el derrumbamiento de su profesión.

¡No! ¡no!, argüiremos; aún es posible hacer mucho más! En nuestra cruzada por la originalidad, llegaremos a confines insospechados. Acusaremos de plagiarios a los escritores ¡por el sólo uso de su nombre!

¿Acaso habrá quien dude, entónces, de que Pedro Mata es un plagiario, no ya de su obra, escrita con las mismas partes de la oración que tantos otros libros, sino de su *Pedro Mata*, del que tan orgulloso se muestra?

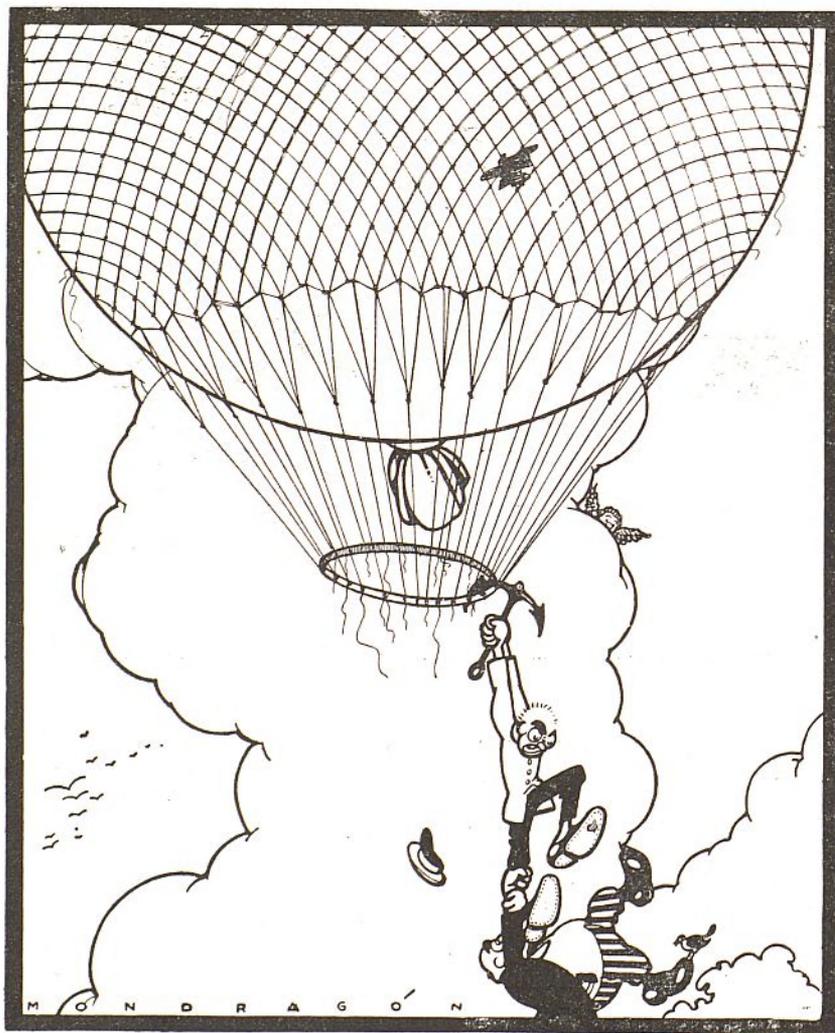
Pues, ¿qué? ¿es original llamarse Pedro? ¡Es un plagio descaradísimo en el que le acompañan Muñoz Seca, Pérez Fernández, Répide, Algabeno II, y tantos otros *pericos*, que por ahí deambulan!

Pues ¿y su vanidoso *Mata*? ¡Este es un *plagiazo* en sus infinitas acepciones! Como río africano, como pueblo de Santander y de Barcelona, villa de Toledo, aldea de Cáceres, lugar de Teruel, Alicante y Soria y puerto de Cuba; como planta de tallo bajo, ramificado y leñoso; como tercera persona del presente de indicativo del verbo matar; como apellido del poeta franciscano Gabriel, quien a su vez le plagió el nombre al arcángel; como apellido, también, del actor español José, compañero de Arjona, Calvo y Vico; y del general Mata y Alós, y del político Mata y Fontanet y del médico Mata y Ripullés... ¿Hay que probarlo más?

Pues así, lo mismo que acabamos de triturar despiadadamente a Pedro Mata, quien, de aquí en adelante, no podrá firmar con la elegante soltura que lo hacía, podremos pulverizar, atomizar, a cuantos de originales presuman.

Aunque hubiésemos de perecer bajo el ciclópeo peso de los antecedentes que encontraríamos, al intentar la demostración de la falta, de la carencia absoluta de originalidad en los apellidos de nuestro admirable escritor, don ¡¡Pedro!! ¡¡¡Pérez!!! ¡¡¡y Fernández!!!

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO



Dib. MONDRAGÓN.—Barcelona.

—¡Suelta ese pie o te doy con el ancla en la cabeza!

EN BROMA

LOS ESCRITORES QUE NO LEEMOS

Hace pocos días, el admirable Wenceslao Fernández Flórez proclamaba valientemente una verdad que todos escamoteamos, manteniéndola escondida por bajo de las mesas de las tertulias, o recatándola como un contrabando a la fiscalización de las gentes honradas; ninguno de nosotros, escritores, nos leemos recíprocamente; ninguno de nosotros conocemos, a fondo y de verdad, lo que escribe nuestro camarada.

Desde luego —porque eso sí, en visita somos educadísimo— nos saludamos en los banquetes, en las noches de estreno, en las exposiciones, en la antecámara de los periódicos. Decimos con aire indulgente: —Ya hemos «visto» ese artículo de usted, esa novela suya...— Damos palmaditas bonachonas: —Enhorabuena; «Eso último suyo» está muy bien...— Pero la verdad es que, tratándose de un compañero nuestro, que, a lo mejor, es una excelente persona—ni hemos leído su crónica, ni su novela, ni su comedia. Desde el escaparate de la librería vimos el título, o en la «peña» del café oímos una referencia vaga, insidiosa, parcial, de otro colega que tampoco había leído la obra en cuestión. El hombre alegó varias razones en abono de su apatía: no dispone de tiempo para «cargarse» toda la labor de ningún contemporáneo; además, leyó antaño unas cosas suyas, «y ya sabe a qué atenerse»; además, este señor lleva colgado al pescuezo como un sambenito su adjetivo correspondiente, —ensayista erótico, humorista, cursi— y no hay para qué molestarse en buscar otro que le defina más exactamente...

España está dividida en tres amplias zonas: la de los analfabetos notorios, oficialmente clasificados; la de los que, sabiendo leer, no leen casi nunca, y la de los que, consagrados a escribir constantemente, no leemos a nuestros compatriotas, para que se chinen. A esta cofradía de la Suprema Voluptuosidad, pertenecemos numerosos cronistas, poetas, novelistas y comediógrafos. A ella pertenecen, también, los contados críticos a quienes enviamos nuestras producciones. Descontando las excepciones consiguientes, puede asegurarse que tampoco los señores del «escalpelo» conocen con la cabalidad debida nuestra obra. Si yo me atreviera a citar casos concretos... Pero, no; no me atrevo. Conmigo se portaron, casi siempre, muy amablemente. No me atrevo. Permitid que esta vez se asemeje a la cobardía lo que, en el fondo es gratitud.

Los escritores nos saludamos, nos

damos «bombos» y «palos», pero no nos conocemos. Fingimos cambiar apretones de manos, sonrisas y felicitaciones; pero, al cobijo del gabán o de la capa o de la comedietta social, somos torre de marfil, fortalezas impenetrables, alcázares de puertas cerradas o mazmorras sin tragaluces. Yo me sé de memoria los títulos de todas las obras de mi amigo Perencejo y he ojeadado, muy por encima, un par de ellas. A Zutánin le llamo ilustre madrileñista, aunque hace un siglo que no escribe nada relacionado con esta Vi-

lla y Corte. A Furciález, autor de innumerables novelas, le digo siempre qué me le encuentro en la calle:—Es usted un «escritor macho»:—y el hombre se queda tan contento. Después resulta que ha escrito infinidad de páginas suaves, fiernas, de una encantadora sensibilidad casi femenina... Pero, como ni yo, ni nadie de los «del oficio» las conoce, pues continúa siendo un literato «fuerte, masculino y tal» hasta que se muera y a la generación de entonces se le ocurra la idea de poner las cosas en su punto y quitarle el mar-



Dib. ULICA. Madrid.

—¿Quieres mucho té?

—;Al revés, Charito: pregúntame si te quiero mucho!

bete que le endosamos los de su época.

Así, la negligencia, la malignidad y la rutina, crean un repertorio de adjetivos que durante un período determinado manejamos por el bien parecer, y para no enemistarnos con nadie, porque cuanto más amables estemos con todos, mayor cantidad de talento se nos concederá. En la república literaria tuvimos, tenemos y habrá el «patriarca», la «eximia», el «genial», el «erudito», el «veterano», el «joven maestro», el «gran estilista», y —¡oh, hallazgo!— el «maestro de maestros». Hay, por añadidura, el «aplaudido» y el «inspirado», como existen el «distinguido» y el «batallador» y el «laurea-

do» y el «castizo». Los respectivos titulares se resignan; protestar sería, no solo descortés, sino inútil. Tampoco se les oculta lo duro y difícil que es conquistar cualquiera de tales calificativos,—tan semejantes, en ciertos casos, a apodos—... Porque, a fin de cuentas, lector amigo, lo que más nos desazona a todos los escritores es la adquisición de un calificativo, que nos diferencie, que nos halague, que nos permita sobresalir un poco de esta llanura profesional, donde las cumbres suelen escasear en la misma proporción que los abismos.

Otorgado el adjetivo correspondiente, por la abrumadora mayoría de los que no le leíamos «ya», Fulano descan-

sa. Su prebenda es vitalicia. Ninguna nueva obligación tenemos respecto de él. Con comprobar que suscribe a menudo trabajos en la prensa y volúmenes en las librerías, nos basta. Le llamaremos públicamente «fecundo», «laborioso» o «incansable», y que se conforme. Nos reservamos el derecho de elegir, en la tertulia o en el entreacto, para definirle con mayor precisión, aquellos otros adjetivos que más ingeniosa y mordazmente disfracen la ignorancia deliciosa en que todos los del grupo vivimos, y que tan sonrosado color da a nuestras mejillas.

E. RAMIREZ ANGEL

LA GRACIA DE LOS OTROS

CHISTES DE TODO EL MUNDO

—Doctor, la medicina que recetó usted para mi niño, se ha acabado.

—Pues debía haber durado doble de lo que ha durado.

—Ya lo sé, pero es que el niño no la quería tomar si yo no tomaba antes una cucharada.

De *Vikingen*, Oslo.

Ethel.—De manera, que te has enamorado de repente, a primera vista?

Enid.—Sí, en cuanto ví que tenía un nuevo Rolls-Royce.

De *Bristol Evening News*.

La señora.—Ahí viene Mrs. Braun. Dígale que no estoy en casa.

La doncella.—Muy bien, señora.

La señora.—¿Qué ha dicho?

La doncella.—¡Gracias a Dios!

De *Dorfbarbier*. Berlín.

—Puedo casarme con una muchacha muy rica por la que no estoy interesado o con una pobre a quien adoro. ¿Qué me aconsejas?

—Sigue los dictados de tu corazón. Cásate con la pobre y entretanto preséntame a la otra.

De *Der Gotz*. Viena.

El modisto.—No está usted satisfecha con el vestido, señora, y temo que no vuelva a encargarme más trabajo en esta casa.

—La señora.—No, pero recomendaré la casa a mis amigas.

De *Staffordshire*. Sentinel.

El marido.—¿Pero por qué tengo que invitar a mis amigos a cenar los miércoles y no otro día cualquiera?

La mujer.—Porque el novio de la cocinera viene a verla los miércoles y ese día cocina mejor.

De *Der Brummer*.
Berlín.



ANTONIO CASERO

—¡Que te digo que mi abuela no anda!...
—¡Pues yo te digo, que anda mi abuela!

Dib. CASERO.—Madrid.



DEL BUEN HUMOR AJENO



El frío del "Hall"

Por Mauricio Dufresne.

El día que Alex Ledoux me llamó aparte en el Círculo para decirme lo más trascendental que me dijo en su vida, era el 27 de Enero.

Con esta aclaración quiero hacer comprender a los que me escuchen, que me escuchen que hacía frío, que la calefacción del Círculo estaba echando bombas y que yo no me separaba del radiador ni para escuchar la lectura del testamento de mi tía Elisa, espectáculo que ansío presenciar y que ignoro cuándo se celebrará, porque mi tía Elisa es de las personas que no se mueren nunca.

Alex intentó llevarme hacia un rincón del hall.

—Ven—me dijo—Aquel rincón es propicio a las confidencias; tengo algo muy importante que decirte.

Yo me resistí valerosamente.

—No me muevo de aquí—repuse—En el hall hace mucho frío. Habla aquí mismo, Alex.

Alex, que conoce la firmeza de todas mis decisiones, se estremeció. Por sus ojos pasaron varias nubes negrísimas; sus labios tuvieron crispaciones extrañas y sus manos, temblores desconocidos.

—René, mi querido René, amigo de la infancia, ven al hall. Aquí me sería imposible hablarte...

Su acento doloroso me llenó de curiosidad.

—Pero ¿por qué no puedes hablarme aquí?

—Me oirán los de esa mesa—replicó.

Y señalaba con un gesto discreto la mesa de al lado, ante la cual, dos caballeros jugaban al ajedrez, y doce amigos de los jugadores discutían las jugadas con un calor tres grados más elevados que el de los radiadores del Círculo.

—Nadie te oirá, Alex—exclamé yo un poco impaciente—háblame.

—Sí, sí; me oirán... Cuatro de ellos están enfermos del pecho y tienen un oído finísimo.



CHISTE ALEMÁN

EL COMPRADOR.—¿Cuánto vale medio kilo de salchichas?

LA VENDEDORA.—Tres marcos.

EL COMPRADOR.—Y un kilo, ¿cuesta más o menos?

(Del *Sinplcissimus*, de München.)

—Bueno, y aunque te oyesen, ¿qué? —gruñí yo, dispuesto a defenderme hasta lo último del frío del hall.

Alex palideció. Colocó su mano derecha sobre mi hombro izquierdo, me miró fijamente y silabeó temblorosamente:

—¡Por Dios! ¡Calla, calla! ¡Ah! No sabes lo que has dicho... ¡Si me oyesen! ¡Si me oyesen ese joven de la corbata de color de salmón!...

Miré al joven de la corbata de color de salmón; era un individuo de unos treinta años y tenía la cara de imbécil mejor rematada que he visto en mi vida. Por lo demás, se trataba de un tipo perfectamente vulgar.

—Te juro—le dije a Alex—que a mi me tendría sin cuidado que ese hombre me oyesen incluso hablar mal de las clases proletarias.

—Sí, sí... ¡Pero nuestros casos son tan distintos!

Y con su voz, cada vez más angustiada, Alex me rogó, me suplicó...

—René, no seas cruel; ven al hall. Sólo así calmaré la angustia de mi alma. Necesito de un confidente.

Luego me trazó, hábilmente por cierto, el cuadro de nuestra niñez, pasada en la calma bretona de Morlaix; me habló de nuestros juegos infantiles, de aquella niña que me había enamorado a los ocho años...

En fin, señores, habló tan bien que me convenció. Y, dando un suspiro

que, según supe después, fué muy comentado por mis amigos, que nunca habían oído suspirar tan fuerte, seguí a Alex hasta el hall.

En el rincón propicio a las confidencias, Alex me habló largamente dando lugar a que se me quedasen los pies lo bastante fríos para creer que me hallaba subido en un ice-berg.

Y lo que me dijo Alex fué tan estúpidamente vulgar que nunca como entonces he comprendido que yo no he nacido para el asesinato.

Su mujer le engañaba. Su mujer, que era una mujer del Mediodía, muy gruesa y muy bigotuda, tenía un amante. Y él, Alex, no sabía qué hacer. Se había enterado de ello la noche anterior.

No recuerdo lo que le dije; desde luego, algo desagradable. Alex concluyó así el relato de sus penas:

—Su amante es un hombre que se precia de ser muy astuto y cree que nadie está en el secreto de su amor culpable. Es aquel...

Y volvió a señalar al joven de la corbata de color de salmón.

—Por eso decía que tenía que me oyesen, René. Imagínate de lo que habría sido capaz ese hombre al saber que yo estoy enterado de todo...

Le dí tal bofetada a Alex, que entré en calor hasta final de mes.

Pero en febrero volví a sentir frío.

P. P. y W.

No se puede estar en todo

Por Guy des Roches.

Aquella mañana Stanislas Renfroqué había decidido terminar con la existencia.

No es que Stanislas fuese más desgraciado que otros, pero su carácter le perdía. La menor contrariedad tornaba a sus ojos figura de catástrofe, y no tenía igual para reducir a la nada, por un razonamiento deductivo y apropiado las alegrías que podrían venirle.

Sin embargo, querer suicidarse no es todo, hay que escoger un medio. Stanislas, ciudadano respetuoso de las leyes de su país, no tenía revolver; como habitaba en un cuarto piso había pensado primeramente en tirarse por la ventana. Pero abajo había el toldo de la tienda de ultramarinos y este toldo podía amortiguar su caída y llevarlo al suelo en malas condiciones sin duda pero no muerto. Y nada más ridículo para un hombre que quiere morir que fallar el golpe. Había que buscar otro procedimiento.

¿La navaja de afeitar? No cortaba. ¿El veneno? No se obtiene más que con receta y además hay que ir a buscarlo y subirse todas las escaleras hasta su cuarto lo cual es muy molesto. No, lo mejor es ahorcarse. Para colgarse, Stanislas tenía todo lo necesario a mano, la escarpia para clavarla en el techo, la silla que se derriba de un puntapié en el momento oportuno y la cuerda que diera luego mate a sus vecinos.

Stanislas cogió el martillo, se subió sobre la mesa y comenzó a clavar su escarpia. Pero surgió una dificultad, el techo era de cemento y la escarpia no entraba. ¿Qué hacer? De pronto le vino la idea del autobús, ¡claro! ¿Cómo no se le había ocurrido antes?

Stanislas bajó a la calle, miró a derecha e izquierda y nada, ni un coche. Esperó estoico. Llegó el autobús. Sin vacilar, Stanislas se arrcjó a las ruedas. Segundos de agonía. ¿Qué ocurre? El autobús y la muerte con él tardan en venir. Tumbado de bruces como estaba, Stanislas volvió la cabeza para mirar; al hacerlo su hombro tropezó con una rueda, cerró los ojos, luego los volvió a brir...

El autobús estaba parado. El chofer tocando sin cesar la bocina avisaba al suicida. Stanislas indemne no se explicaba el milagro. Pero un agente que se acercó a él lo aclaró todo. —Le dijo—. ¡Suerte ha tenido usted, amigo! Si no llega usted a caerse en el punto mismo en que los autobuses tienen la parada oficial, a estas horas estaba usted hecho pedazos.

G. P.



ARTISTA PRIMERO—¿No te revientan los que miran los cuadros con las narices?

ARTISTA SEGUNDO.—Mucho. Por eso, sin duda, los grandes maestros antiguos mezclaban los colores con huesos podridos...

(De London Opinion, Londres.)

CORRESPONDENCIA DE BUEN HUMOR

MUY PARTICULAR



No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Mizzian. Barcelona.—¡Choque usted, querido amigo! ¡Pero choque usted como si fuese una locomotora!... Su artículo está bien, francamente bien, una barbaridad de bien, quizás exageradamente bien. ¿Ve usted como cuando alguien acierta, el regocijo más epitalámico nos conmueve y embarga?... Resumen: que eso que está tan bien, se publicará. ¿Está bien o no está bien?

P. J. A. Madrid.—El estrepitoso cuento *La venganza de un sacerdote*, no tiene cura. No negaremos que tiene un clérigo desde el principio hasta el fin, pero, a pesar de eso, no tiene cura, y lo repetimos para que usted se convezca plenamente.



PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial **LOGROÑO**

H. CH. Z. Barcelona.—La estupidez también tiene sus jerarquías, querido compañero. Y usted es el emperador de la misma.

SENSACIONAL
DESCUBRIMIENTO
os asombrará en breve plazo

J. N. Madrid.—

Volando se fué a *Cestona* su *Rima zaragatona*.

El otro trabajo, que se refiere a sus amores con la señorita Africa de Zabala, es mejor que se lo lea ella que es la única a quien le puede interesar. Si usted nos envía las señas de la chica, nosotros mismos lo mandaremos a Africa. Y con recuerdos a Abd-el-Krim, si usted no tiene inconveniente.

Araujo. Fregenal.—

¡Que malo es ese dibujo, querido amigo Araujo!... Diga: de usted para mí, ¿los hace todos así?

Porque si los hace así todos, le suplicamos que no nos mande más en todos los días de su vida, que deseamos que sea tan larga como el brazo que le ha pintado usted a la señorita de la derecha.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL. 13

E. M. L. Madrid.—Su poesía *El cántaro roto*, ¡ya lo dice el título!, tiene muy mal arreglo. O para hablar con más propiedad, no tiene arreglo ninguno.

"BUEN PROVECHO"

Vino tónico de maravillosos resultados para ancianos y convalecientes "Los Ceas" Alberto Aguilera, 29 —: Teléf. 11-59 J. 1-1

Cid. Melilla.—Entendámonos. ¿Usted tiene la misión de defender a la Patria o la de atacarnos a nosotros? Porque esto último, ¡la verdad!, nos produce un poquitín de canguelo. ¡Perdónenos la vida, por lo que más quiera!

HERNIAS
Bragueros científicamente.
J. Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Agusto Figueras 8



C. M. T. Zaragoza.—

No he leído tontería mayor que *La profecía*.

Por una tos pernicioso Torcuato está que no vive, sólo se le curará tomando jarabe ORIVE.

Desde que compra Teresa, los corsés *Casa de Presa* ha aumentado su ventura, porque su marido es presa de su mágica hermosura.

Fuencarral, 72. Tel. 48-00 M.

Climaco. Burgos.—Burgos será fresco en invierno, pero usted es una nevera en las cuatro estaciones.

T. R. T. Madrid.—Un cómico malo que lamenta la subida de las patatas resulta tan absurdo como el que a mí me rebajan el alquiler del piso que ocupo.

P. B. O. Valencia.—Se puede ser un idiota, pero se debe disimularlo con todo el fervor posible. Queremos decir que usted disimule. ¿Está entendido?

CUPÓN

correspondiente al núm. 222 de **BUEN HUMOR**

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

LA GRACIA ESPAÑOLA Y EL VUELO ESPAÑA-ARGENTINA

Con motivo del triunfalísimo *raid* de nuestros aviadores, que tanta dentera está produciendo en todo el mundo volador y extranjero, se ha desbordado el ingenio de los lectores de BUEN HUMOR, que es tanto como decir la totalidad de los españoles; y han llegado a esta Redacción, en generosos raudales, formidables ejemplos de gracia a propósito de Franco y sus compañeros. No podemos resistir a la tentación de consagrar la plana del número de hoy a dar cabida a esas estupendas ingeniosidades, producidas, ¡claro está!, por la alegría disparatada del glorioso acontecimiento y en las que, dicho sea de paso, se observa una coincidencia en los temas que, no por eso, deja de hacer el esfuerzo noblemente meritorio.

—¿Por qué nadie ha ignorado el viaje de los intrépidos aviadores a la Argentina?
—Porque entre ellos, uno ha sido Franco, y lo ha dicho.

Higinio Aguado.—Madrid.

—¿Cuál es el colmo del Raid del comandante Franco a América?
—Salir de España joven y llegar a Buenos Aires a *vu-elo*.

Justiniano Tabarés.—Madrid.

—¿A quién debe recurrir Francia para sanear su moneda?
—Al hidro español *Plus Ultra*.
—¿Por qué?
—Porque eleva el Franco.

Quinta quintos.—Melilla.

El Francés.—Yo no voy a España actualmente porque me sale el viaje muy caro. ¡Como está el Franco tan bajo!

El Español.—¡Cá, no señor! Si precisamente ahora es cuando está por las nubes!

Lolita.—Madrid.

Entre aviadores.
—¿Qué te parecen los homenajes que están haciendo a Franco en toda América?
—De primera, chico; pero si te digo la verdad, no se a qué viene tanto homenaje a la ida, cuando según dice Franco, la vuelta va a ser a Palos...

Pte. Princesa-796.

—¿Por qué ha llegado sin trabajo el *Plus Ultra* a América?
—Porque estaba Franco de servicio.

A. León.

El niño.—Papá, ¿cómo no hacemos un viajecito a Francia aprovechando la baja del franco?
El padre.—¿Pero estas loco hijo mío? ¿No sabes que el Franco, estos días está por las nubes?

Cruz Elizari.—Pamplona.

—¿Por qué en América, han hecho

un recibimiento grandioso al comandante Franco?

—¡Porque es un hombre que llega del otro mundo!

María Alcolea.

—¿Sabes chico que los franceses están contentísimos?

—¿...?
—Sí, hombre, sí, no ves que el Franco está muy alto.

Fernando Heydrich.
Barcelona.

¿En qué se parece el comandante Franco a un aplauso?
—En que el aplauso sale de las palmas de las manos y el intrépido aviador ha salido de Las Palmas de la Gran Canaria.

Lulo.

Entre amigos.
—¿Pues y eso, donde vas de viaje?
—Voy a despedir a Palos al comandante Franco.
—¿Pues qué te ha hecho?

—Porque han ido muchos miles de españoles a despedirles a Palos.

Ignotus.—Madrid.

—¿Por qué los aviadores del *Plus Ultra* arrojaron las ropas al mar?
—Porque, yendo a Buenos Aires, ¡para qué querían las americanas!
Santolaria-Giner.—Zaragoza.

—¿En qué se parece el *Plus Ultra* a una puerta?
—En que en el *Plus Ultra* va Alda, en la puerta *al-da-ba*.

J. T.—Madrid.

Aquí, como en la China, dice la gente a coro, nada hay para la boca como el Licor del Polo.

—¿Por qué quedaron como Dios los del *raid* Palos Buenos Aires.

—¿Por qué la señora de un conocido piloto aviador está muriendo de celos?

—Porque su esposo la ha radiotelegrafiado *amaré en Pernambuco*.

«Ramy».—Madrid

Entre amigos.

—¿Es verdad que Franco se ha vuelto loco?
—¿Por qué lo preguntas?
—Porque hay quien dice que le ha visto *amarado*.

Joaquín Sancho.
Puerto de Santa María.

—¿Por qué los aviadores cambiarán su ruta al volver a España?
—Porque sería lamentable que, después de tantos agasajos recibidos en todos los países que han visitado, volviésemos de América a Palos.

Dómine.—Valladolid.

Entre dos franceses.
—Oye, ¿a qué no sabes lo que le



CREMA
Polar

Para la limpieza de los dientes -r- Cura el dolor de muelas -r- Evita el sarro. Perfuma el aliento.

CORTES HERMANOS. — BARCELONA

—Nada, si es a Palos de Moguer.
—¡Ah...!

Un Ateneísta.—Albacete.

—¿Qué debía hacer el Gobierno con *Palos de Moguer* para darle mas importancia?
—Hacerle puerto franco.

Aicrag.

—Por qué ha emprendido Franco, disgustadísimo el *raid* España-Argentina?

—Porque Dios está en todas partes por esencia, presencia y potencia, y los aviadores tenían *presencia* de ánimo, *potencia* del motor y *esencia* por miles de kilos.

Sasel.—Zaragoza.

Entre esposos.
Ella.—Oye ¿por qué no compras valores franceses en bolsa?
El.—Porque están muy bajos.
Ella.—Pues en estos días no se habla más que de la *elevación del Franco*.

Sakounine.—Madrid.

falta al Gobierno francés para hacer el *raid* España-Argentina?
—Un Franco.

Una humorista.

—¿Cuál es el viaje más barato?
—El de España a Buenos Aires, porque se hace con un franco.

El mismo.

ARTES DE LA ILUSTRACIÓN
Provisiones, 12.
MADRID



CREMA

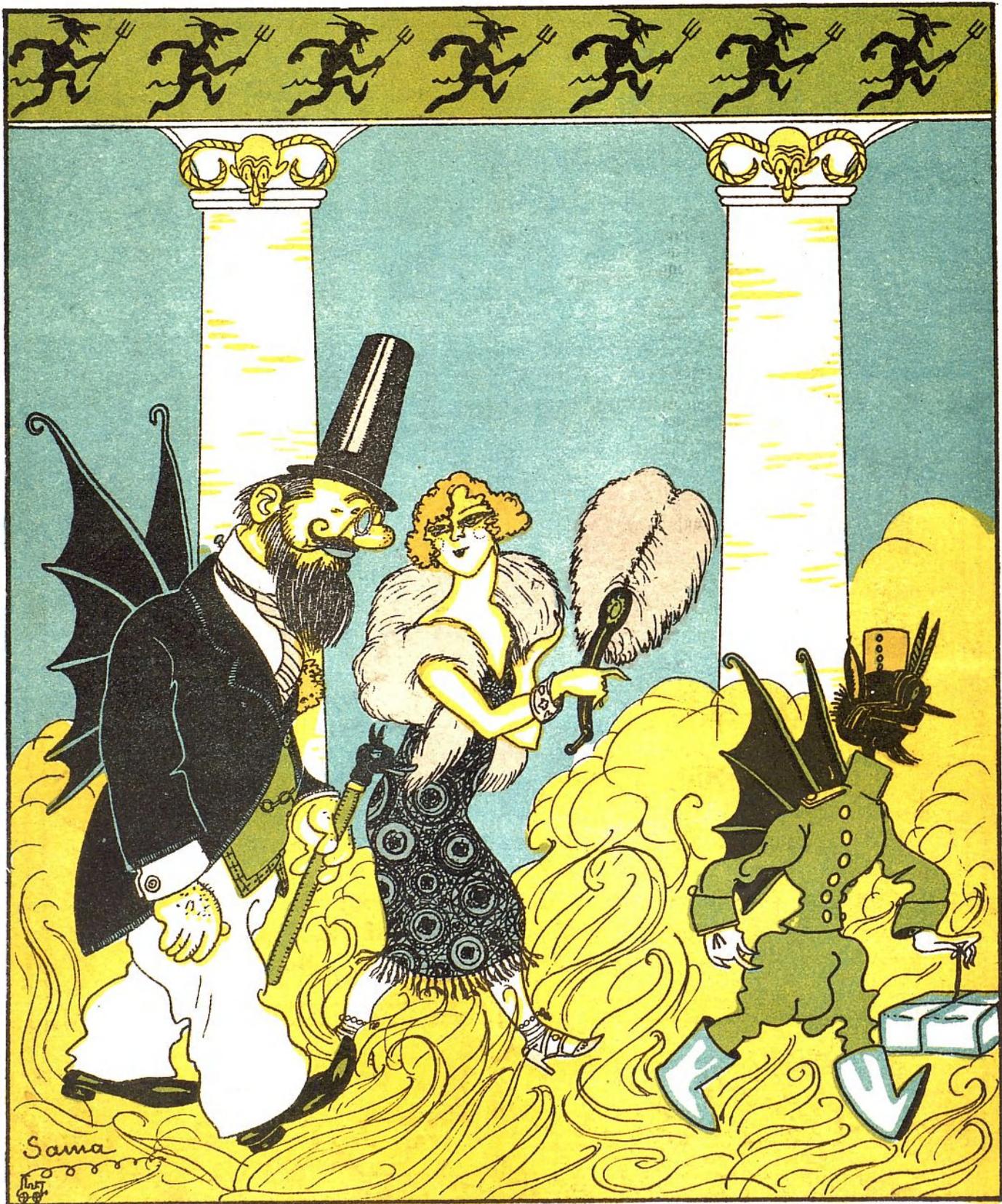
LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

BUEN HUMOR



EN EL INFIERNO

Dib. SAMA.—Madrid.

- Yo estoy aquí porque asesiné a mi esposa.
—¿Y le cogió la policía?
—No, porque el día antes del crimen huí al extranjero.